

El uso de la Biblia en la formación de catequistas

ISABEL LOPEZ

(de los Grupos Bíblicos de la Diócesis de Avila)

1. «¿A quién podríamos ir?» (Jn 6,68)

Con esta pregunta, que resume la inquietud de muchos catequistas de la Diócesis de Avila, comienza una experiencia de formación bíblica que tiene, por ahora, dos años de vida.

La necesidad era clara:

- El material catequético cada vez utiliza mayor cantidad de citas bíblicas y presupone que el catequista es capaz de situar, interpretar, actualizar... cada texto en su contexto y darle el valor catequético que ellos pretenden.
- Se tiene la intuición de que en los textos bíblicos se encuentra una enorme riqueza de recursos didácticos capaces de acercar de una forma viva y atrayente «el mensaje» a transmitir.
- Las celebraciones litúrgicas adquieren variedad y creatividad, y sobre todo hondura y vida, desde la profundización de los textos bíblicos.

Pero, ¿cómo «sacarle» todo este «jugo» a un «libro» de tan difícil acceso como es la Biblia? Y, los Evangelios, pase, y algunos

libros del N.T.; pero lo demás... ¡Libro cerrado! y, por más que leemos, aquello no dice nada... ¡Qué cercana nos resulta a muchos la experiencia de *Hech* 8,30-31: «¿Entiendes lo que estás leyendo? ¿Cómo voy a entenderlo si nadie me lo explica?...»

¿Qué hacer? Desde la Delegación de Catequesis se pensaron varias soluciones, entre ellas, ciclos de charlas de expertos. Pero se descartaron, porque sólo eran viables en la capital y donde más interés se despertaba era en las zonas rurales. Además, tampoco se trataba de «oír». Las personas sencillas (la mayoría de nosotros lo somos) de la conferencia de un experto entendemos poco; de lo que entendemos sólo retenemos lo que nos impacta y, con lo que uno se queda, se hace bien poco.

Tenía que ser algo mucho más vivo, más participativo, más sencillo, más «nuestro». Algo que nos implicara y nos «complicara» la vida, porque sólo eso es lo que te deja huella. Y, claro, que se pudiera llevar a cabo en todas las partes.

Entonces se conectó con la Casa de la Biblia. Y de allí surgió la idea de hacer GRUPOS BIBLICOS DE CATEQUISTAS. Era una «fórmula ya más que experimentada y, tanto el OBJETIVO, como la METODOLOGIA, como el MATERIAL eran justo lo que se estaba buscando.

Pero, como siempre, lo más difícil no es encontrar la idea, sino ponerla a funcionar. Y la primera «gran dificultad» es que un GB (Grupo Bíblico) no nace ni funciona si no tiene un ANIMADOR. De ahí que la primera función fuera buscar catequistas que estuvieran dispuestos a ser animadores y formarlos (¡No hay personas más ocupadas que los catequistas!). Se utilizó todo tipo de recursos para la «captación» y se convocó un encuentro de un fin de semana. Habían sido invitados 30 y fuimos 16 (¡Una cosa es predicar y otra dar trigo!) Y nos preguntamos, como el autor del *Eclesiástico*: «¿Por qué estáis privados de todo esto, si estáis tan sedientos de ello?» (*Eclo* 51,24).

2. «Todo tiene su momento, y cada cosa su tiempo bajo el sol» (Ecle 3,1). ¡Un intenso fin de semana!

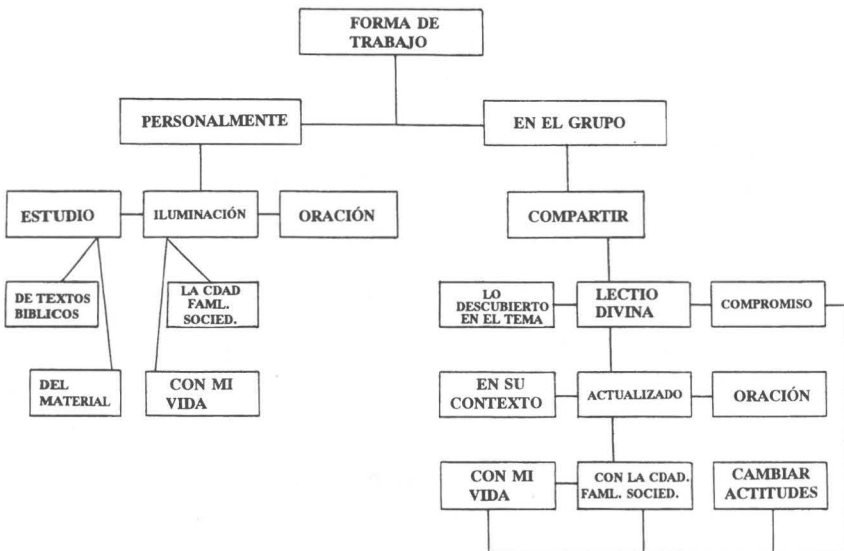
Se trataba de descubrir a qué habíamos sido llamados:

Fundamento

- Acercamiento a la Biblia como Palabra de Dios leída en Iglesia, conscientes de su importancia: La Biblia se sitúa en el corazón de la Iglesia. Y ésta tiene como prioridad, de cara al tercer milenio, responder al reto de la NUEVA EVANGELIZACION.
- El GB es, pues, un instrumento para dar a conocer la Biblia y contribuir, hacia dentro y hacia fuera de la Iglesia, a esta tarea evangelizadora.

Objetivo

- *hacer crecer y madurar la propia vida y la propia fe a la luz de la Biblia.*



Tipología

- El número ideal de participantes en el GB oscila entre los 7 y 12.
- Se reúnen cada 15 días en sesiones de hora y media a dos horas.
- En clima participativo y abierto. Facilita la comunicación entre los miembros y provoca un continuo diálogo entre la experiencia religiosa contenida en la Biblia y nuestra propia experiencia.
- Algunas personas ejercen un servicio especial dentro del grupo: animador, secretario, experto...
- El grupo es temporal, con una duración de varios años durante los meses de octubre a junio.

Animador

- Convoca, coordina y favorece el desarrollo del grupo.
- Con cierta capacidad bíblica (sin necesidad de ser un experto) y pedagógica.
- Un auténtico convencido de la importancia de la Palabra de Dios en la vida de la Iglesia, y, por tanto, un oyente auténtico y asiduo de la Palabra, que necesita conocerla, estudiarla, meditarla y contrastar su vida y la de su comunidad con ella.

Y después de un minucioso «diseño» de lo que debe ser el GB, la gran pregunta: ¿Estás dispuesto a ser animador de este invento? Casi todos dijimos que sí. Había un verano por delante.

3. «¡Tocad la trompeta... convocad la asamblea!» (Jl 2,15)

Con el comienzo del curso llegó ¡el momento de la verdad! Cada animador se encargó de hacer la convocatoria en su Parroquia. Se formaron 11 grupos: 4 en pueblos y 7 en la capital, con una media de 10-12 miembros por grupo.

Prácticamente todos los componentes son catequistas. Sólo en un grupo hay mayoría de «no-catequistas», pero son padres que buscan poder responder a las cuestiones que les planteaban sus hijos. La preocupación por la «transmisión de la fe» es denominador común de todos los miembros, en su mayoría adultos.

¡Y COMENZAMOS! Con todos los miedos y con toda la ilusión de las «cosas nuevas». Los animadores nos reunimos con cierta frecuencia con el coordinador diocesano, y... ¡qué maravilla, el invento funcional! Eso sí, de once maneras distintas. Es curioso. Todos hemos recibido lo mismo, pero los grupos son la cosa más variada del mundo.

Verdaderamente es difícil que exista una forma más flexible y que mejor se adapte a cada tipo de necesidad de formación bíblica. Los hay que se reúnen una hora cada semana. Otros, hora y media cada quince días. Y, otros, una vez al mes. Unos prefieren adelantar mucho material y otros prefieren adelantar menos «teoría» y «degustar» muchos textos. Es como el maná: «Unos cogieron más, otros menos..., cada uno tenía lo necesario para alimentarse» (Ex 16,17-18).

4. «¡Tus palabras son vida eternal!» (Jn 6,68)

¡Vida! ¡La vida de Dios! ¡La vida que nadie te puede quitar! Esa es la gran oportunidad que recibe todo el que se acerca a la Palabra y se alimenta de ella. Y el GB participa de ese «mila-

gro», que, no por frecuente y familiar, deja de ser sorprendente. Se viene al grupo buscando «mejorar el servicio» y se lleva la gran sorpresa de que está recibiendo VIDA. Vida en grupo: Escuela de Comunidad:

«Y el Angel, dejándola sola, se fue» (Lc 1,38). ¡Cuántas veces hemos compartido esta experiencia de María! Hemos recibido el «mensaje» del Angel que transmitía la misión, la aceptamos y el Angel nos deja solos. Por eso, no es de extrañar que las personas que llevan participando en el GB casi dos años, lo primero que te dicen cuando les preguntas por su experiencia en este tiempo es: «El grupo es una idea genial». Lo es porque nos «obliga» a hacer lo que nos hemos propuesto cientos de veces cada uno: «debería leer todos los días un ratito la Biblia», «necesito rezar, pero ¡no tengo tiempo!», «con la maravilla de comentarios bíblicos que hay, yo debería...» Yo debería... ¡Pero nada, no hay tiempo!

El tiempo. Somos esclavos de lo urgente, de lo inmediato, y muchísimas veces se nos escapa lo importante, lo fundamental. Y así nos va. La ventaja del grupo es que consigues hacer de lo importante lo inmediato. Porque al grupo hay que ir con «los deberes hechos» para poder enterarse de lo que los otros hablan, para poder aportar «con fundamento». ¡Cuántos libros hemos desempolvado, y pedido a los Reyes Magos, y fotocopiado...! Y, en este terreno hay mucho por conseguir. Porque estamos poco acostumbrados a leer, saborear, meditar y orar a la luz de la Palabra, en un encuentro directo y personal con la misma. Nos falta hábito de silencio, situación de escucha y dejarnos guiar por la brisa de Dios en el jardín, al atardecer. Pesa demasiado la comodidad de que «nos digan», «que piensen por nosotros y nos lo den masticadito».

«Pedro dijo: Voy a pescar. Los otros le dijeron: Vamos contigo. Salieron juntos y subieron a la barca» (Jn 21,3). El

grupo es, también, una buena idea, porque cuanto más experiencia tenemos de Dios, más necesitamos de una auténtica Comunidad de hermanos para poderla compartir. Un ámbito donde uno es conocido, aceptado, valorado tal y como es. Sin necesidad de máscaras ni disfraces. ¡En «bata» y «zapatillas»! Y no es nada fácil encontrarlo. Los encuentros de la Comunidad Parroquial son masivos. Las reuniones de catequistas suelen ser poco frecuentes, con prisas, y además, el tema de conversación son los niños, los padres, los métodos, los resultados..., ¡siempre los «otros»!

Muchos catequistas son miembros de Movimientos en los que pueden experimentar la Comunidad, pero otros muchos no lo son. ¡Y uno, solo en la barca, no pesca!

Para éstos, el grupo es una magnífica Escuela de Comunidad. ¡Qué difícil es al principio poner en común todo aquello que deja entrever la propia interioridad, la experiencia de fe! Y es lógico, si se tiene en cuenta la prolongadísima «educación para el silencio» que se ha dado en la Iglesia. Y es que el diálogo cuesta: prestar atención al que habla, o hablar al y para el grupo, prefiriendo los mini-diálogos o el «fuego cruzado». Es difícil vencerse de que todos somos emisores y receptores en la misma sintonía de una idéntica fe y que en lo que cada uno no aporte queda como una zona oscura que nadie podrá iluminar.

Pero por el número de miembros, por los temas, por la presencia del Espíritu creando siempre comunión, poco a poco, va surgiendo lo que uno lleva dentro: los encuentros, las dudas, las luchas, las noches oscuras, las luces, las esperanzas... ¡La experiencia de la fe de un Dios que se manifiesta en la historia, en tu historia, que camina contigo! Y uno se sorprende compartiendo lo íntimo, espontáneamente. Hay reuniones en las que «se palpa» el Espíritu Santo haciendo verdad la profecía de Isaías: «Habitará el lobo con el cordero, la pantera se

tumbará con el cabrito... Nadie causará ningún daño... porque el conocimiento del Señor colma esta tierra». Porque lobos y corderos, panteras y cabritos hay en todos los grupos. ¡Pero nadie se come a nadie! y, ¡hasta nos quememos!

5. «Estad siempre dispuestos a dar razón de vuestra esperanza a todo el que os pida explicaciones» (1 Pe 3, 15)

Ocurre una cosa curiosa. Cuando comenzamos en el grupo, todos sabíamos mucho. Bueno, se reconocían algunas «lagunas» en cuanto al entorno geográfico, político, social y religioso en el que se desenvuelve la Biblia, y las formas literarias empleadas, lo que dificulta distinguir entre el contenido revelado y el ropaje que cada autor emplea para expresar dicho contenido. Pero, de lo demás... ¡Todos muy bien formados!

Después, en la medida que cogíamos confianza, iban surgiendo las dudas, después las situaciones que necesitaban ser iluminadas a la luz de la Palabra. Qué sorpresa, y qué alivio, saber que todos tenemos «zonas oscuras», todos necesitamos ser salvados, todos tenemos necesidad de pedir al Señor que nos aumente la fe, porque por muy catequistas que seamos, no nos creemos experiencialmente, viviendo cada día, ni una décima parte de lo que decimos con la cabeza que creemos y enseñamos.

Resulta que hay mucho de lo que no sabemos «dar razón», pero, también, hay mucho de lo que damos razón y no es «nuestra esperanza». ¡Qué suerte tener la oportunidad de que nos ayuden a distinguir la luz de la tiniebla! «La Palabra era la luz verdadera que con su venida al mundo ilumina a todo hombre» (Jn 1,9).

6. «Sabed que ninguna profecía de la Escritura puede ser interpretada por cuenta propia (2 Pe 1,20)

La forma de trabajo del GB supone una nueva forma de acercarse a la Escritura. Hasta ahora, la forma de «trabajar» con el texto suponía: leer y preguntarse o preguntar «a ti ¿qué te dicen?» Y la respuesta, sobre todo en niños y adolescentes (que no se suelen acordar de lo que el cura dice en las homilías) es muy gráfica, ponen cara de «no sabe, no contesta», y se les nota cierto sentimiento de culpa, porque ¿cómo es posible que la Palabra de Dios no diga nada? Y a los mayores nos pasa lo mismo, pero disimulamos mejor.

Y es que nos falta todo el proceso de acercamiento a una cultura muy distinta y con la que estamos separados por cientos de años. Ahora sabemos, por experiencia propia, que no se puede «saltar» el leer el texto en su contexto histórico, literario y teológico, y que hay que dedicar tiempo a la meditación, a la reflexión personal y de grupo para encontrar conexión entre ese mensaje y esa situación y el «hoy» de nuestra vida personal y comunitaria; porque, si no, corremos el riesgo de «obligar» a la Escritura a decir lo que queremos que diga, dejando a Dios, que no tiene voz, sin Palabra.

En este sentido, «trabajar» cada semana o quince días un texto siguiendo el esquema de la «Lectio Divina» (lectura de Dios) es todo un regalo del cielo, que va creando costumbre. Pocos somos los que ahora, después de leer un texto, se nos ocurre decir: a ti ¿qué te dice? Y es experiencia habitual que, después de «entender», con la cabeza y con el corazón, un texto, el texto dice muchísimas cosas que automáticamente son «luz para nuestros pasos». La *Lectio divina* (lectura de Dios) es un itinerario para leer la Palabra de Dios en constante diálogo con él. Fue cultivada por los Padres de la Iglesia y después, sobre todo, por los monjes. Nosotros queremos recuperar aquella experiencia. He aquí los cuatro pasos que ellos solían seguir:

- Primer paso: LEER (Lectio).
Segundo paso: DEJARSE INTERPELAR (Meditatio)
Tercer paso: ORAR (Oratio)
Cuarto paso: TRANSFORMAR (Contemplatio)

Hay que reconocer, con agradecimiento profundo, que este acceso al trasfondo de la Escritura no sería posible para nosotros, que no disponemos de un experto habitual, sin el esfuerzo que en los últimos años han ido haciendo los estudiosos, que dedican lo mejor de sí, y toda su vida, para que nosotros podamos entender; y el esfuerzo de las editoriales católicas que cada vez ponen a nuestra disposición libros de introducción al mundo de la Biblia y a la lectura con comentarios más fáciles de leer pero a la vez muy rigurosos.

La variedad de libros y estudios que nos acercan al mundo y al contenido de la Biblia ahora es increíble. Son caros, es verdad, pero así el grupo tiene ocasión de poner en práctica la «comunidad de bienes». Cada uno compra lo que puede y saca información de donde se le ocurre, siempre «a la medida de los dones que ha recibido»: Cada uno ha recibido su don. Ponedlo al servicio de los demás (1 Pe 4,10). Y esto se va cumpliendo en la medida que cada uno se va sintiendo parte del grupo. Y se van manifestando carismas, que al principio eran un poco forzados.

7. «Lo que hemos visto y oído os lo anunciamos» (1 Jn 1,3)

¡Qué distinto es hablar de un texto, porque está en una ficha y tiene una etiqueta: «Texto Eucarístico», «texto de envío», «texto sobre la oración»... a hablar de ese mismo texto después de haber sido objeto de un profundo encuentro con el Señor, a través de él, y con el grupo! ¡Qué distinto cuando de una Palabra podemos ser TESTIGOS, porque «hemos visto y oído y ha sentido nuestro corazón» que es VERDAD, que esa Palabra se ha cumplido, que se cumple, en nuestra vida, en la de la

Comunidad! ¡Qué distinto cuando se nos es dado decir como los paisanos de la samaritana: «Ya no creemos en él por lo que tú nos dijiste, sino porque nosotros mismos le hemos oído y estamos convencidos de que él es verdaderamente el salvador del mundo».

8. «Los que sembraron con lágrimas, cosechan entre cantares» (Sal 126,5)

¡Cuántos cambios de actitudes se van produciendo entre nosotros! Como siempre, en unos más que en otros. Poder hablar con libertad de la Palabra sin sentido de culpabilidad por romper un «tabú» o destruir algún «mito».

Percibir entre los miembros del grupo la ALEGRÍA de sentirse los «Pequeños» a los que el Padre ha elegido para revelar los secretos de su amor salvador. ¡Cuántas expresiones y gestos de esta alegría «que nadie te puede quitar» se repiten en cada grupo! Y no sólo son las palabras. Es la falta de prisa a la hora de terminar las reuniones (¡esa gente tan ocupada!), lo que nos hace pensar que los miembros del grupo van encontrándose con la VERDAD LIBERADORA que, procedente de Dios, se muestra plenamente en el HIJO-PALABRA a través de las palabras.

De este modo, la lectura y la meditación de la Palabra no se queda en la pura teoría de la fe o en una mera ilusión de salvación individual, sino que va creando la necesidad de un compromiso de vida personal y comunitario, a fin de lograr la construcción y extensión del reino, ahora más que nunca, EVANGELIO DE ESPERANZA, DE ALEGRÍA, DE LIBERACION, DE SALVACION Y SANACION PROFUNDAS.